

UN PRIMER DIA EN MURCIA

RAFAEL nunca había estado en Murcia. Tenía de la ciudad unas referencias de bachillerato, nacidas al azar en la obligada lección de Geografía de España, estudiada según "el plan del tres", que, al decir de los que ya llevaban bastantes años, era muy sensato y formativo.

Murcia se hallaba en un valle, rodeada de una fertilísima huerta, y tenía muchísimos jardines. Luego comprobó que lo de "jardín" es una aplicación extensiva impropia, porque, en realidad, salvo los de Florida-blanca, Santa Isabel y Santo Domingo no había más. Ello le decidió a preferir la eubolia como virtud fundamental, para llamar siempre pan al pan y al vino, vino. Las mujeres de Murcia eran hermosas, sin llegar al prodigio zarzuelero de la vega resplandeciente por sus sonrisas. El cielo estaba limpio más de doscientos cincuenta días al año. Las frutas eran sabrosísimas. Produce pimentón, transforma vegetales y de aquellas en útiles conservas, y alcanza el máximo de libras en la producción sedera y de hijuela... Pocas cosas más sabía, como no fueran algunos molestos refranes en relación con la impunidad para el regicidio si se moraba por acá, y eso de que el pistolero catalán estaba alimentado en su mayor violencia numérica por murcianos que poblaron Sans, Gracia y la Torratxu barcelonesas.

Desde su tierra palentina vino Rafael a Murcia, destinado como funcionario. No importa en qué oficina estatal, pero a una en la que tenía horas sobradas para dedicar muchas a conocer la ciudad y la provincia,



sin duda. Al menos no tendría que estar recluso en un caracol por las tardes, como cuando desempeñó el primer destino de novato en una ciudad norteña. Alguna vez quizás fuera un empingorotado Jefe de Administración, y recordaría sus primeros años con el que lo fué suyo, de genio desabrido, bebedor de aguachirle con el nombre de café y esmaltador de toses y colillas en la hedionda oficina común.

* * *

El tren pitó de nuevo, mientras corría en la noche sin dar tregua al eco de las campanas de cada estación. Rafael daba cabezadas rozando la gutapercha de su vagón, y sólo le sonaba en los oídos el seguro golpe de las ruedas sobre las junturas de los railes. Vió entre sueños a unos hombres panzudos que blandían brillantes navajas ante sus ojos, repitiendo casi sin alma "¡navajas, navajitas!"; luego, unas adolescentes que cantaban monótonas los caramelos de Hellin; después oyó a su vecino de viaje—un valenciano colorado que cenó tortilla, magras con tomate, queso y salchicha, sacado todo de un enorme pan de más de un kilo, también inmolado a sus tragaderas—, que decía mirando por la ventanilla en cuyo cristal se desvanecía rápido el vaho tabacoso:

—Ya vamos a entrar en la provincia de Murcia...

Rafael salió al pasillo para mirar el paisaje. De pronto, La Mancha había desaparecido. Se fatigaba la lejana máquina con extrasístoles del vapor pegadizo a unos ralos pinares distantes, crecidos sobre breves oteros. Un riachuelo aprendiz brincaba sobre unas limpias piedras llenas de inmóviles secretos de luces. Un monte grisáceo, de laderas surcadas por atajos para transitar ganado, apretaba sus piedras oscuras encima de unas chabolas desde donde miraban chiquillas ojizarcas, de pelo como de maíz tierno. De pronto, un breve túnel se tragó al tren. Luego, otro. Más tarde, bajo un volcán de chispas que se deshacían entre la neblina del primer crepúsculo, un apeadero ya en país seco, manchado de atochares. Luego, Cieza, y una nube de crios pedigüeños e insistentes. Detrás, a pocos kilómetros todavía, el campo tiene una ondulación ocre, de indefinidas fronteras policromas en el casi uniforme color de la tierra, abierta en surcos y grumos.

A los lados de la vía, los charcos de la última lluvia tienen aún las huellas profundas del carro de labranza que, como una nave de corta aventura agreste, pasó de mañana con su carga de hombres y aperos.



Los fucilazos vistos desde antes de Albacete en el cielo negro, habían acompañado a esta lluvia que manchaba de carbonilla y agua ennegrecida las alpargatas de curiosos hombres recostados en los árboles invariables de las estaciones... En Alcantarilla le ofrecieron naranjas: estaban amarillentas y fofas; también plátanos y chirimoyas... ¿Esto era Murcia?... El tren corría entre arboledas y caseríos con iglesias de humildes pero enormes trazas arquitectónicas. A la izquierda, una carretera por la que circulaban carros y carros. Al fin, el silbido ronco y corto del tren hizo que éste acortara su velocidad... Caminos a los lados de la vía, siempre llenos de carros; pequeñas casitas de ferroviarios, con alguna muchacha sacudiendo trapos de limpieza en los balcones; nuevas teorías de carros en un paso a nivel donde también esperaban unos extraños artefactos que, si por abajo eran bicicletas, por arriba crecían en dos cántaros metálicos que aprisionaban a un ser humano puesto un pie en el suelo y otro en el pedal. La estación de Murcia. Vendedoras de flores, de confituras, de naranjas... Parada y fonda. Desayuno con bollos extraídos de bajo una tarlatana. Prisas y maletas por las ventanillas...

Rafael ya estaba en Murcia. Tras ordenar sus bultos salió de la estación cuando ya el tren avisaba para seguir viaje a Cartagena. Buscó con la vista un coche, un vehículo de motor. Sólo el de un hotel de primera clase ofrecía su carrocería anticuada de ómnibus a propósito para línea de hañistas veraniegos. Pero vió en cambio una perfecta formación de carruajes extraños, con un caparazón acartonado, de brillo sucio y resquebrajaduras múltiples, sobre dos pares de ruedas desiguales, tirados por unos caballos atalajados con cueros recosidos.

Fué la primera impresión de la ciudad, inolvidable, aquélla de elegir vehículo. Desde todos le llamaban los cocheros con sus látigos y sus voces en competencia expresiva:

—¡Carruaje...! ¡Carruaje...! ¡¿Quiere galera...?!?! ¡Carruaje...!!

Entre tirones de unos y otros subió a una de aquellas naves. Arrancó el caballo, tan pronto dió la dirección de una casa particular a la que venía recomendado el nuevo vecino de Murcia, y un traqueteo horrible le fué haciendo saltar entre techo y asiento hasta el punto de estar más tiempo entre ambos que en el segundo. Molido y con asomos de jaqueca llegó a la casa de su huésped. Vivía la señora junto a un convento, en estrecha calleja de menguadas aceras donde se alineaban unos casalicios de húmedos zaguanes. Lo recibió doña Dolores preguntándole si había desayunado, y, ante la negativa, le preparó un chocolate con paparajo-



tes. Trajo el brasero de erraj recién encendido, y lo puso bajo la camilla, apretando el montón de ceniza con una reluciente badila. Rafael prefirió acostarse un rato hasta la hora de comer, y después saldría a dar una vuelta por la ciudad... Al poco tiempo de estar acostado oyó como un trueno lejano, y los dos pequeños fanales puestos sobre la cómoda de la habitación trepidaron con un tintineo de fino cristal. Se tiró de la cama, asustado; recordó entonces que también la *Historia Natural del "plan del tres"* decía que Murcia era región sísmica.. Se acercó al balcón, y por la calle que a él se enfilaba vió venir al trote una galera, brincando sobre los mal unidos adoquines. Cuando dobló la esquina, el temblor aumentó; luego fué debilitándose hasta ser como un zureo.

Volvió a la cama y halló las sábanas húmedas. Encogido, olía la naptalina de las mantas, y la gota que se escapaba del lavabo de hierro esmaltado campaneaba en sus oídos con isócrono ruidillo metálico. Cuando se despertó, le llegó el olor de la cocina: había dormido más de cuatro horas y se sentía nuevo. Ya vestido, volvió al balcón, abriendo sus hojas de cristal. Llovía mansamente, y un lañador voceaba por la calle su habilidad para componer paraguas, diciendo ¡paragüüüiro...!, con la mano junto a la boca en función de tornavoz. Doña Dolores le avisó que la comida estaba esperando: al salir Rafael, la señora rebuscó en la faltriquera y le dió unas llaves de la cómoda, por si quería poner en ella el contenido de las maletas que trajo.

En la mesa sólo tomaron asiento doña Dolores, su hija Lola y Rafael. Lola era maestra y tenía la escuela en un Patronato de cierto establecimiento benéfico provincial. Morenucha, de ojos grandes y fino tipo, comía con gran prisa, y cuando todavía Rafael no había acabado con la tortilla de habas que le dieron tras el cocido, ella arrojaba el último escobajo de las pasas que constituían el postre. Estaba azorada y decía ir ligera porque las monjas le habían dicho que no faltase a cierto ejercicio de devoción previo a la clase del primer sábado.

Rafael salió a la calle, embarrada. Unas finas agujas de aire helado le punzaron en los ojos y las orejas... ¿Murcia? Anduvo calle adelante, al azar; pasó ante una iglesia de lisa fachada, cerrada aún, y dió en la encrucijada de dos calles llenas de establecimientos comerciales, angostas, de piso limpio por el agua, y por las que andaba poca gente con paso lento de disanto. Torció a su izquierda, y pasó ante un café enorme y destartalado, de altos techos y desconchadas columnas de hierro que descubrían el orin bajo una delgada capa de pintura blanca. Al fondo,



un tabladillo con una orquestina que enhebraba un tango de moda. En una mesa, varios jóvenes canturreaban

...Verás que todo es mentira
verás que nada es amor...
Yira... Yira...

Entró y pidió café con leche. Le trajeron un alto vaso con una larga cucharilla y tres gordos terrones. El camarero preguntó si había de ser "pavoni", y limpió la mesa de redondo mármol con un trapo gris y húmedo que arrojó después a una esfera metálica a la que faltaba un cuadrante, colgada en una columna... Un cliente sentado en la mesa inmediata le preguntó si tenía hambre para un cigarrillo. Se la dió. El otro le dijo si quería fumar; y, lo que pasa siempre, a los cinco minutos ya sabía Rafael que el otro estaba de oficial en el Catastro; que estaban revisando las parcelas y subparcelas del término municipal de Alguazas; que aquel joven a quien servían en ese momento una copa de cola se había casado hacía pocos días con una muchacha fea y rica, dejando a una novia que "le hablaba" más de seis años; y que Murcia en cuanto caían cuatro gotas era una desdicha, porque ningún Ayuntamiento se preocupaba de urbanizar la población, porque aquí lo que hacía falta era un alcalde que viniera de Bilbao y no conociera a nadie...

El otro se llamaba Mariano. Era cordial, comunicativo y agudo. A la media hora ya le había dicho que si quería, allí mismo se verían al día siguiente y podrían ir al cine: después iba a presentarle a algunas muchachas. Lo que tenía que hacer era no aburrirse en Murcia "porque aquí no hay donde ir", aunque—afirmaba Mariano—, los forasteros tienen más suerte que los que nacen en la ciudad. Después de un obligado forcejeo, pagó Mariano. Rafael se despidió y marchó a la calle. Ya no llovía. Pasaba gente como con dirección a algún espectáculo. Se mezcló con los transeúntes y pasó ante una pastelería en donde un gran concurso se apiñaba comiendo algo desconocido para él. Entró y oyó preguntar si iban a sacar otra "llanda" de tortas con chicharrones... No sabía qué era una "llanda" ni a qué sabrían los chicharrones. Optó por no probar nada. A su lado, dos chicos que no tendrían dieciocho años bebían a cañete de unas botijas puestas en un zafariche para uso de la clientela. Salió a la calle y lloviznaba otra vez. Volviendo sobre lo andado, le fué un poco difícil encontrar la casa.



No encontraba el llamador, porque éste era un vástago de metal dorado del que había que tirar para que sonase solemne una campana que también golpeaba al oscilar en el marco de la puerta. Doña Dolores le preguntó si se había distraído. La mesa tenía en el centro un camino y un frutero con naranjas. En las paredes unos cuadros oscuros, un reloj de números romanos y un gran espejo con dorado copete. Entró a su habitación y la encontró menos fría que por la tarde. Puso en los cajones de la cómoda su ropa y varios objetos de aseo, libros, una cámara fotográfica y una caja de galletas llena de dulces de cocina, hechos en casa, que no había tocado.

Cuando le avisaron, salió a cenar. Lola no estaba, porque se había acostado con dolor de cabeza. Una vieja trajo la sopera con sémola y "tusturros" nadando en ella. Doña Dolores le aclaró que le decían eso al pan frito en menudos pedazos. Después, sacaron pequeñas chuletas de cordero, queso y carne de membrillo. No quiso café y se fué a dormir. La lluvia caía con más violencia hiriendo los cristales de su balcón, y por las rendijas se colaban unos chorrillos de agua. Nadie circulaba por la calle, y eso que aún no eran las diez de la noche. Unas campanas tiples comenzaron a sonar montónas: serían las del convento inmediato... Rafael pensaba que no había visto todavía el sol de Murcia, ni le habían puesto frutas en la mesa, ni encontró, casi, muchachas por las calles... Sólo recordaba aquella nave urbana que llamaban galera, cuyas cuaderñas parecían haberse separado para tundirle las espaldas desde la estación a su residencia. Mientras se acostaba recordó el viaje, al valenciano comilón, a los cien pobres de Alcantarilla, lloriqueando y enseñando algunos llagas y muñones, lupias y marrillos de cojos; por fin, cerró los ojos.

Volvieron a su imaginación Mariano, Lola—no era fea, ni mucho menos, la maestra, y con una figura muy graciosa—, la orquestina del café y otro de los tangos en boga:

«Punto fuerte de garito
vivís, en continua trampa;
por eso siendo del hampa, vestís
como un compadrito...».

En los oídos le volteaban unas imaginarias campanas como las del convento inmediato, ya mudas. Cantaba un trasnochador por la calle.



El agua daba en los cristales del cerrado balcón, a ráfagas. En la habitación inmediata estornudó alguien... ¿Lola?

—¡Jesús...! dijo medio dormido bajo el embozo.

Cuando abrió los ojos, un claro rayo de sol atravesaba los visillos y se posaba en la pequeña alfombra del pie de la cama. Una gran campana dió nueve golpes espaciados y claros. Era su segundo día en Murcia, y la calle le esperaba. Se tiró de la cama y oyó a doña Dolores que le decía a la vieja criada:

—Y si el mújol tiene siquiera medio kilo, que se lo pesen entéro... Y los pésoles que no sean del que se los vendió ayer...

Rafael levantó un visillo. Por la calle pasaba un cura anciano, y unas para él inéditas campanas repicaban con ritmo también desconocido. Doña Dolores le explicó que en la Catedral tocaban a coro.

En su segundo día de Murcia encontró exquisito el café con leche y los buñuelos esponjados le gustaron mucho. Las galerías, con tal de no usarlas eran unas graciosos artefactos. Y con este sol, no haría frío en la oficina...

